

Guadalupe Aguiar Masuelli

Entrevista por Lila Pagola

arte relacional | entrevista | tecnologías sociales | web2.0

San Juan, agosto 2011

Lila Pagola (L): La idea es empezar contando quién sos, dónde estamos, tus itinerarios de formación, sobre todo los que tiene que ver más con tu aproximación a la tecnología...

Guadalupe Aguiar (G): Yo soy Guadalupe Aguiar y estamos en San Juan. Mi acercamiento a las tecnologías fue bastante lateral a mi formación institucional. De chica estudié en el Polivalente de Artes de San Juan y estuve vinculada al arte desde los diez años. Después de eso fui a un colegio secundario con formación en artes y luego entré en la facultad, así que no hubo cortes en esta especie de búsqueda que, aunque no sabía muy bien hacia dónde iba, tenía que ver con el arte.

Me acuerdo que cuando entré a tercer año de la facultad hubo un click en mí. Hasta ese momento la formación en la Universidad de San Juan había sido bastante tradicional, pero ese año me di cuenta de que se podía ser artista y no pintar! Eso me sacó una mochila muy grande de encima porque, en mi concepción de todos esos años de acercamiento al arte, yo tenía incorporado que se debía pintar y dibujar bien para llegar a ser un artista, pero yo no me sentía del todo cómoda ni con una cosa ni con la otra.

Encontré otro tipo de búsquedas que no conocía y ahí se me renovaron las ganas, me enamoré otra vez de esta vocación. En el 2000, 2001, me empecé a vincular con listas de correo y no sé muy bien cómo llegué a vincularme con una lista de correo que se llama *iberoamérica-act*¹. Yo no sabía qué era el net.art, no había tenido ninguna formación de ningún tipo con la tecnología, ni en la primaria, ni en la secundaria, ni en la universidad, pero llegué allí a partir de algunos textos. Creo que fue a partir de textos de Rodrigo Alonso que leí para mi tesis de grado. Bueno, entonces, llegué a esta lista y después llegué a *nettime latino*².

¹ <http://ar.groups.yahoo.com/group/iberoamerica-act/?tab=s> consultado el 06-01-2012

² <http://www.nettime.org/cgi-bin/mailman/listinfo/nettime-lat> consultado el 06-01-2012 La lista sigue en línea, pero sin actividad desde 2005.

En estas listas yo era pasiva, leía pero nunca escribía. De todas maneras con su lectura empecé a ver que había un universo de gente pensando y haciendo cosas con la compu. Mi compu era un tractor, pero tenía conexión a Internet en mi casa y podía seguir estas cuestiones. Así empecé a interesarme en los proyectos de net.art, que me resultaban súper herméticos pero muy atractivos, de Arcangel Constantini, de Brian Mackern y de algunos otros. En el 2003 hice un curso online como oyente –muy perfil bajo, yo sólo chusmeaba– que lo dictaban Eugenio Tisselli y Peter Weibel desde MECAD.

L: Yo también lo hice...

G: ¿Sí? Entonces yo me metía y me descargaba todo el material y lo leía. Eso me fue enganchando. También en el 2003 conocí algunos textos de José Luis Brea y me enamoré de su forma de pensar. Conocí estas cuestiones de las “zonas temporalmente autónomas” de Hackim Bey y empecé a engancharme también con eso.

En el 2004, formulé un proyecto de investigación para la universidad que se llamaba “El net.art como estrategia crítica temporalmente autónoma”. El título es una cita a Brea, y hacía foco en el net.art latinoamericano. La idea era ver qué pasaba con Latinoamérica y si se podía considerar el net.art como un espacio temporalmente autónomo de crítica, pero no de crítica estética ni artística, sino de una crítica un poco más politizada. Eso es lo que me atrajo de la cosa, ¿no? Lo desarrollé durante un año y después tuve que dejarlo por la mitad por cuestiones académicas.

Llegué a hacer un diccionario, un léxico básico. La persona que me dirigía la investigación es una mina muy pensante, muy abierta y crítica, por eso la elegí, pero de tecnología cero. Entonces yo estaba absolutamente sola. Hice algunas entrevistas por mail. Contacté a Brian Mackern, Santiago Ortiz, Marina Zerbarini e Ignacio Nieto.³ La idea era ver cuál era el enfoque de ellos frente a su actividad, qué potencial le encontraban.

En el 2006, me postulé para hacer un doctorado en España. Yo quería “hacer” arte –producía muy poco y sigo produciendo poco– y creía que si me acercaba más a un conocimiento y un aprendizaje más “tecnológico” me iban a dar más ganas de producir. Entonces me fui a hacer un doctorado

³ Aguiar Masuelli, Guadalupe (2005) “**Cuatro miradas sobre el net.art en la producción artística latinoamericana**” publicado en revista a mínima #13. <http://aminima.net/wp/?p=453&language=es> consultado el 06-01-2012.

orientado hacia las nuevas tecnologías que parecía tener un perfil más práctico y no sólo teórico.

El proyecto que presenté inicialmente tenía que ver con el net.art en Latinoamérica. Luego empecé a caer en la cuenta de lo fútil que era enfocarse en divisiones geográficas con algo como la web, y vi que me resultaba muy forzado hablar de Latinoamérica cuando Santiago Ortiz, por ejemplo, trabajaba en sus proyectos desde España o Portugal. Ciertas fronteras se diluían o se trazaban quizá de otras formas. Así fue que modifiqué el proyecto y me concentré más en las posibilidades de conexión y de vínculo que generaban este tipo de herramientas que atraviesan las fronteras que ya están trazadas.

Una cosa que también viene al caso es que, en 2003 o 2004, con un grupo de amigos sanjuaninos hicimos un intento de trabajo grupal a la distancia. Por distintos motivos, la mayoría de mis amigos migró. Uno estaba en Estados Unidos, otra se fue a Alemania, otra a España, otra vivía en Río Gallegos, otra se fue a Chile pero, a pesar de estar todos desperdigados, queríamos sostener el vínculo y trabajar juntos. Entonces armamos un proyecto que se llamó “Umbral”; coordinábamos reuniones de chat en ICQ y desde allí empezamos a armar una pequeña plataforma de trabajo. Usábamos los programitas y las herramientas que nos iba pasando Sebastián Patané, que vive en Estados Unidos y era el más tecnologizado de todos. Abrimos un wiki y aprendimos todos a editarlo y participar. El proyecto terminó abandonándose, pero fue una experiencia muy bonita de encuentro y de diálogo de un grupito de gente desperdigada por el mundo, y creo que esa experiencia nos marcó a todos.

Ya en 2007, viviendo en España, me di cuenta de la importancia que cobran las tecnologías de comunicación para quien está lejos de su lugar y de sus afectos, y cómo pasan a formar parte de la rutina diaria al punto de hacerse casi adictivas. Y partí de una pregunta básica y personal: más allá de las distancias físicas, ¿con quiénes me gustaría trabajar? Armé una lista de unas veinticinco personas y les envié una invitación: la propuesta era participar de una experiencia de trabajo colectivo a partir de una plataforma tecnológica que funcione como lugar de encuentro. Se llamó *Ágora Nómada* (<http://agoranomada.com>). Quedamos diecisiete participantes y trabajamos juntos durante un año. La plataforma de encuentro y trabajo estaba hecha con el servicio *Google Apps*, de Google, y tenía herramientas para un usuario básico: cuentas de correo, un chat, un calendario de actividades, sitio web y blog. Además utilizamos varias herramientas para trazar mapas, alojar video y compartir textos e imágenes.

El primer paso fue quitarles por un tiempo su identidad y bautizarlos con un número (nómada 01, nómada 02, etc.). Esta decisión tuvo que ver con que algunos se conocían entre sí y otros no. Yo quería partir de una especie de desconocimiento inicial en el que cada uno no supiera bien quién era el otro para ver así si realmente era posible generar un vínculo afectivo, laboral, social sin saber quién es el que está del otro lado. Ver cómo uno se arma de un discurso y busca en el discurso del otro cosas para identificarse y cómo se pueden ir generando vínculos en esa mediación tecnológica.

L: Sin el prejuicio previo del conocerse...

G: Claro. Al principio se resistieron un poco y me preguntaban: “¿por qué no puedo decir quién soy?”. Les pedí que escribieran un texto donde se presentaran a sí mismos pero sin mencionar su nombre, su edad, su género, o su lugar de residencia. La idea era que hablaran de otras cosas que hacen también a su identidad. Finalmente se engancharon, muchos me dijeron que les había resultado muy estimulante porque todos hacían de detectives. Especulaban con cosas como “seguro que es mujer, por la forma en la que escribe...”; o “debe ser argentina, no, debe ser española...”; “este debe ser...”. Generalmente, fallaban en sus especulaciones. A partir de eso, trabajamos en propuestas que presentaban los participantes.

La primera propuesta se llamó “Mi día, un día”, y la hizo uno de los nómadas –todos nos llamábamos nómadas, porque la mayoría de los participantes vive, o vivía, lejos de lugar de origen–. Consistió en que cada uno saliera con su cámara de fotos un día específico (fue el 18 de mayo de 2008, si no me equivoco) y registrara su cotidianidad, sin mostrarse a sí mismo directamente. Luego, con eso había que armar un montaje fotográfico. Eso fue como el primer acceso a imágenes del otro. Así fueron apareciendo varios proyectos similares. La mayoría tuvieron que ver con acercarse un poco al mundo del otro. Otro de los proyectos consistió en filmar siete segundos de la ventana que más miras, o siete segundos de los ojos de las personas que querés, o siete segundos de un objeto que guardes con celo. Con todo esto hicimos un banco de videos al que accedíamos todos.

L: ¿Todos esto estaba publicado?

G: Sí, teníamos un sitio donde estaba el perfil de cada uno de los participantes y donde íbamos subiendo el material. Finalmente, a fines del 2008, en plena crisis mundial, con la caída de la bolsa, la quiebra de bancos y

toda esa paranoia que se generó me hizo tomar un poco más de conciencia sobre la función de la economía en los afectos; mejor dicho, el cruce entre la economía y los afectos, y cómo se pueden generar sistemas económicos donde no haya pérdida o donde todo sea ganancia. Ese era un poco el planteo. Una utopía puesta en juego. Entonces, lanzamos un proyecto que se llamó “Banco de Acciones de Capital Nómada”.

El “Banco de Acciones” consistió en lo siguiente: quien quisiera –nadie estaba obligado nunca, cada uno participaba si quería y podía– hacía una inversión: ofrecía al grupo, al banco, una idea o un proyecto en el que estuviera ocupándose y que realmente le importara y le interesara. Ese banco, esa colección de primeras inversiones, armaron una base de doce propuestas. Luego cada uno podía tomar esas inversiones iniciales para transformarlas, reproducirlas y, de alguna manera, multiplicarlas. Eso amplió la cantidad de acciones. Yo había hecho un cálculo matemático para ver, en un mundo ideal, cuántas acciones lograríamos si todos invirtieran al mismo tiempo y tomaran las acciones de los demás y las reprodujeran y las ampliaran. Obviamente, el capital crece exponencialmente.

*L: ¿Las acciones a las que te referís eran proyectos o cosas ya realizadas?
Es decir, ¿qué es lo que la gente invertía?*

G: Invertía un idea que podía estar o no realizada, o que podía llegar a materializarse después. Por ejemplo, alguien ofreció solamente una imagen que tenía la palabra “fin”. Era una foto de una ruta. Dos personas la tomaron: uno hizo un video tomando un poco la estética de la foto; el otro hizo otra fotografía que estaba vinculada a esa. Otra de las acciones propuestas por nómada dieciséis era realizar un almuerzo conjunto. Esta participante dijo que a le encantaría poder compartir un almuerzo con todos nosotros. Y propuso que cada uno sacara un determinado domingo una foto de su plato de comida y que enumerara los temas sobre los cuales le hubiera gustado hablar durante el almuerzo. Entonces, con este material, ella hizo un montaje fotográfico y armó una mesa, la comida y los temas de conversación. El resultado fue muy bueno.

A partir del Banco de Acciones me quedé bastante interesada con la idea de cómo se pueden construir lazos de distintos tipos –sociales, culturales, laborales– a través de los objetos intercambiados, en una afectividad proyectada, que va y viene y que nunca se concreta en un cara a cara. Todavía eso me alucina. Muchas de las personas que participaron siguen vinculadas y, sin embargo, todavía no se vieron nunca las caras. Se armaron vínculos,

algunos todavía hacen cosas juntos y dialogan a casi tres años de la experiencia. Después de eso, armé mi proyecto de investigación que tiene que ver con la potencia de esos objetos inmateriales que intercambiamos y que cumplen el rol de actores en las relaciones.

En el 2009 empecé a trabajar con lo que pasaba en Facebook. Hacía fotos de pantallas de cosas que pasaban allí y que me parecía que tenían múltiples lecturas. Una especie de juego semiótico que terminaba volviendo a Facebook, porque las publicaba allí mismo. Armé un álbum que se llama “Object Trouvé”. Todavía, cada tanto, echo alguna foto ahí pero, bueno, en ese momento junté bastantes y me enganché mucho y le dediqué mucho espacio. Armé también algunas otras carpetas de imágenes de esta especie de “vida anfibia”, este cruce del espacio físico y el espacio de la red. En el 2010, hice un proyecto para el que empecé a juntar blogs abandonados e hice una colección con ellos.

L: ¿Qué sería un blog abandonado?

G: La consigna de mi búsqueda era que no tuviera más de dos o tres publicaciones y que llevara por lo menos seis meses sin actividad. La mayoría tenía más de un año de abandono. Buscaba blogs que tuvieran fines sentimentales de algún tipo y junté como trescientos cincuenta en castellano y doscientos cincuenta en inglés.

L: ¿Cómo buscabas?

G: La búsqueda era totalmente artesanal. Pensaba cursilerías, frases como “teamo.blogspot.com”; “medejaste.blogspot.com”; ¿qué sé yo? Ese tipo de cosas... Iba probando y generalmente no fallaba. Yo creo que si hiciera una estadística de cuántas veces puse algo y no estaba registrado o puse algo y el blog seguía activo, la cantidad debe ser, como mucho, un veinte por ciento de mis búsquedas. La mayoría estaban abiertos pero sin publicaciones, o sólo una, la de presentación, digamos. Entones armé un blog donde compilé esas direcciones. Eso es lo último que he hecho.

L: ¿Cómo se llama el blog?

G: Se llama “Arqueblogía de las intenciones”
(<http://arqueoblogiasentimental.blogspot.com>)

L: ¿Podes pensar estas herramientas tecnológicas que parecen accesibles a todo el mundo? Recién contaste cómo aprendiste a hacer determinadas cosas en función de alguien que montó un sistema para armar un grupo. ¿Podés pensar en cómo llegaste a esas herramientas y cómo fue tu proceso de aprendizaje, incluso de pensamiento artístico sobre eso?

G: Mirá, el proceso de aprendizaje en general de las herramientas que he manejado ha tenido mucho que ver con lo afectivo. Por ejemplo, el primer blog que abrí me lo enseñó mi primo y el primer post que puse era una foto de él bautizado como “San Sebastián”, y pasó a ser un blog que estaba totalmente ligado a mi vida personal. Creo que aprendí como mi mamá aprendió a usar el Skype. Por la necesidad fundamental de comunicarse. Esos acercamientos a la tecnología por necesidad afectiva creo que en mi caso funcionaron mucho porque soy bastante negada, soy bastante dura. No tengo muchas destrezas. He hecho algunos cursos como el de Processing⁴ y lo más loco es que no me ha ido mal. Recuerdo que, en el 2003, hice un curso de Flash y me fue re bien, era la mejor alumna. Salí de ahí y nunca más volví a tocar el Flash. Lo mismo con el de Processing.

L: (risas) Pero te torturás...

G: Sí, como que en el momento de aprender, le enganchó la vuelta y lo hago y todo y después se me diluye. Otro curso que hice en Valencia y que me ayudó un montón fue sobre web 2.0 en el año 2007. Más allá de las herramientas que conocí y que estuvieron buenas, me acercó más al “do it yourself”, al “arréglatelas como puedas”. También me di cuenta de que no hacía falta ser Arcángel Constantini o estos que saben mucho de programación y que es algo inalcanzable para cualquier usuario básico. Siendo un usuario básico también se pueden hacer cosas. Bueno, es el planteo general de la web 2.0. Entonces, hice uso de esas posibilidades y es por eso que las herramientas que uso son todas básicas.

L: Sin embargo, por lo que contás, aplicás una mirada diferente de la que supuestamente esas herramientas esperan de los usuarios.

⁴ <http://processing.org/> consultado el 06-01-2012 Processing es un software libre de animación y un entorno de programación.

G: Sí, creo que sí. Creo que tienen un montón de posibilidades como cualquier herramienta y que siempre su función va a depender de cómo se las use y para qué.

L: ¿Recordás si en el trayecto de tu formación en la universidad tuviste alguna sensibilización o acercamiento que tuviera que ver con las tecnologías o es algo que surgió por fuera?

G: Sí, surgió por fuera, no hubo algo en lo que se ampliaran las cuestiones técnicas más allá de la manualidad, del uso de la compu para hacer algún diseño o imprimir algo.

L: ¿Tampoco había prejuicios?

G: Lo que pasa es que yo me recibí en el 2001 y, hasta ese momento, yo tampoco había usado mucho las tecnologías. Mi tesis era ropa intervenida y, obviamente, usé la compu porque hice escaneos y bajé imágenes y textos de Internet. El uso de las tecnologías estaba, pero no era el eje de la cosa. No había mucha reflexión sobre el tema. Pasó inadvertido y, hasta ese momento, no se hacía foco en eso muy específicamente. Y, por lo que sé, recién ahora se está contemplando en el plan de estudios de la carrera de artes.

L: ¿En algunos de los proyectos en los que trabajaste colaboraste con otras personas que tuvieran el conocimiento técnico que vos necesitabas para realizar esos proyectos?

G: Sí, me olvidé de hablar de otra cosa clave que hicimos acá, la muestra “Usando el mundo”. Para mí eso también fue clave. Fue una muestra que hicimos en el 2007 en la que invitamos a participar a cinco personas que vivían en distintas partes del mundo. La dinámica de trabajo fue la siguiente: cada participante tenía que escribir un instructivo de obra para ser ejecutado por otros. Cada uno escribía un instructivo en texto para ser ejecutado, un tutorial, y los otros cuatro debían realizarlo. Es decir, tenían que ejecutar los instructivos de los demás y no el propio. Todo el proceso se realizó a través de Internet. Fue bonito, una experiencia en la que trabajó gente que no se conocía entre sí y, a partir de esto y de las ideas de otro, se vincularon. La pregunta que me habías hecho no tenía nada que ver con esto pero no sé por qué me acordé de esto...

L: Era sobre si habías colaborado...

G: Sí, uno de los participantes en el “Ágora nómada”⁵ hizo el sitio web porque sabe programar y se dedica a eso.

L: Sí, pero el Ágora en su momento era una herramienta de comunicación entre ustedes, no era un soporte artístico en sí mismo.

G: A mí modo de ver era las dos cosas. Para mí, era un proyecto artístico en el sentido de que buscaba provocar un encuentro y yo no sabía bien qué iba a resultar de eso pero el mismo gesto de convocar y armar un mecanismo de encuentro ya consistía un proyecto. Por lo menos en mi lectura, el Ágora es un proyecto del cual derivaron proyectos.

L: Y, en términos técnicos, ¿el Ágora tenía alguna herramienta especial o era una herramienta estándar?

G: Era una herramienta estándar...

L: ¿Era tu intención?

G: Sí, además, muchos de los participantes no tenían mucho contacto con las tecnologías, entonces todo lo que había que hacer requería una constante explicación de cómo hacer para subir imágenes, para abrir el mail, para convertir videos a otros formatos, para enviarlos, etc. Eso lo resolví fabricando tutoriales. El resto de las cosas las hacía yo.

L: ¿Eso lo hacías vos?

G: Sí, la gestión general y toda la parte administrativa la hacía yo. En algún momento pensé en pedir ayuda, en buscar alguien que me diera una mano porque era un trabajito bastante arduo pero, finalmente, lo terminé haciendo todo yo.

L: ¿Y recordás algún caso en el que haya habido muy concretamente alguna idea que alguien tenía que realizar para vos?

⁵ <http://agoranomada.com/> consultado el 06-01-2012.

G: ¿Cómo? No entendí.

L: Si en alguno de los proyectos en los trabajaste hubo alguna necesidad técnica preexistente que vos no conocías y que, por tanto, tuviste que compartir con alguien que supiera hacerlo.

G: Bueno, con mi primo hablábamos mucho y él me mostraba herramientas. Él estaba en Estados Unidos y yo en España y, cada tanto, nos reuníamos en el chat y él me daba un montón de pistas. Recuerdo que yo hacía gráficos en papel de lo que quería y con la cámara se los mostraba. En ese momento, él pasó a ser como el web master. La parte administrativa básica la manejaba yo pero, después, armamos un sitio para almacenar la documentación final del Ágora, y eso lo construyó él. Después me ayudó otro amigo que se dedica al diseño web. No se me ocurre ahora otra situación parecida.

L: Yo estoy pensando en si alguna vez vos sentiste la necesidad de saber más para resolver algún problema técnico.

G: Consultas siempre he hecho. Cuando estaba en Valencia, la presencia de mi tutora en la investigación era fundamental porque ella tenía un manejo importante de herramientas, entonces podía sugerirme qué usar y probar. Como prueba y error, yo iba viendo qué me funcionaba.

L: Respecto de estas producciones que están en soportes que tienen la posibilidad de llegar a mucha gente y a una audiencia más amplia, ¿esto es algo que te interesa particularmente?

G: Depende de los proyectos. No es que no me interese esa posibilidad de amplitud de la herramienta, sino que creo que proyectos como el del “Ágora” a veces tienen sentido dentro del grupo porque el valor está en el proceso del trabajo conjunto, en la experiencia de habitar el espacio y participar de él. Fue por eso que no me dediqué a difundir los resultados de la experiencia, no tenía claro si tenía sentido. Me preguntaba si publicarlo o no pero nunca supe bien qué hacer. No era un producto para ser exhibido, sino una experiencia compartida entre sus participantes.

El tema es que, también, la amplitud del espacio en la web es bastante relativa. La idea de que armás un blog y te hacés visible para todo el mundo, tiene una carga de inocencia. Ya en ese momento llevaba varios años de

bloguera y lo sentía así, y el archivo de blogs abandonados gira en torno a esa problemática, al “Hello World”, el gesto inicial y luego la pérdida del entusiasmo. Por eso creo que depende de los proyectos.

L: Sí, también depende de cómo lo difundas. Evidentemente la difusión está por fuera del blog.

G: Claro, tenés que hacer otro trabajo.

L: En relación con los proyectos que comentaste de Facebook, ¿cómo lo pensabas? ¿Como espacio de recepción o era un gesto más tuyo que pensado para...?

G: Lo que me pasó con ese proyecto –al que tampoco lo pensé inicialmente como un proyecto, aunque terminó siéndolo– es que me gustaba que fuera como circular. Lo que yo extraía de la actividad de mis contactos allí con las fotos de pantalla volvía a entrar en circulación cuando las publicaba, y los contactos implicados entraban en el juego. Entonces, me parecía circular en ese sentido, en que era compartido en un círculo de gente bastante grande. Era el espacio de producción y de recepción simultáneamente. De hecho, la recepción y la producción se mezclaban en el proceso.

L: De todas maneras, es algo que cualquier contacto tuyo puede ver.

G: Sí, pero sigue dentro del círculo.

L: ¿Te interesa la tecnología como una forma de saltarse la institución artística?

G: Sí, totalmente, me parece un espacio con otras posibilidades. Pienso que igual es siempre un círculo, que puede ser mucho más amplio o más acotado según el medio en el que se difunda o según el proyecto, pero que siempre hay un círculo y, como la gente que va a un museo, no dejan de ser circuitos más o menos cerrados. Lo que me gusta de este tipo de herramientas de circuitos cerrados es que, muchas veces, no implica necesariamente a consumidores de arte y así se amplía en cierto sentido. Abre el juego.

L: ¿Tenés alguna anécdota que recuerdes al respecto?

G: ¿Qué se yo? Cuando empecé con el álbum de objetos encontrados, etiqueté a varias personas que no tenían nada que ver con el arte y, casualmente, un chico francés había visto el álbum “Object Trouvé”, y me dijo: “oye tía –porque me vio que estaba en España– no entiendo de qué va la cosa”. Yo le trataba de explicar y el otro entendía mal. Le hablé de Duchamp y se puso a leer sobre él y empezó a comprender la idea. Eso abría otro tipo de diálogo. En otro momento, hice un álbum que se llamaba “Fotos de grupo”. Eran fotos de pantalla de los grupos a los que se adhiere la gente, como “Me gusta la Bersuit”, “Todos contra... no sé qué”... Yo creía que esa foto –pensando la palabra “foto” desde la sociología– era la imagen de un momento en la vida de una persona, que dice mucho de esa persona, de sus intereses, de sus compromisos, de su humor. Junté como diez o doce y etiqueté a los fotografiados y algunos eran personas muy cercanas, como mi viejo. Yo no sé bien qué entendían, en general se reían porque lo encontraban chistoso. Algunos directamente no le daban ni bola porque no lo entendían o no les interesaba, yo qué sé. Ya no me acuerdo de lo que me habías preguntado...

L: Sobre el hecho de que el uso de una herramienta que tiene unas posibilidades de circulación muy diferentes a las del mundo del arte, no sólo porque es más amplia en su propia forma, sino también porque, como Facebook, se usa para otras cosas y no son espacios “naturalmente” artísticos. Es como salir a la calle con una obra, uno sale de ese espacio protegido de distinción de las personas que saben lo que pasa por ahí. A la vez son gestos muy pequeños que muchos no reconocen como obras de arte, entonces aparece esta capacidad de filtrarse por lugares distintos de la solemnidad y las marcas que la gente reconoce cuando ingresa a los espacios artísticos. Bueno, un poco la pregunta era si te acordabas de alguna anécdota...

G: Sí, ahora no me acuerdo de ninguna otra. En ese álbum hubo muchas cosas porque es algo que he estado alimentando por casi tres años y, además, es bastante variado porque cada imagen nuclea a distintos círculos de gente. Tengo una imagen que testimonia, con un corazoncito rosa, que “Nicolás Bourriaud ahora tiene una relación” (risas). Eso es definitivamente para un grupo de gente vinculada al arte y que leyó a Bourriaud; hay otras distintas pero bien argentinas como, “Cuántos grados de separación hay entre Osvaldo Lafort y yo”, y que sólo lo entienden quienes lo conocen, por lo tanto ahí el

círculo es más bien geográfico. El tipo de imagen determina el acceso que puede tener.

L: Vos tenés un blog también, ¿no? Ahí también haces experimentos...

G: Sí, ese blog lo abrí en el año 2007. Cerré el que tenía y abrí este nuevo al que le di otra función. Estaba más vinculado a mis inquietudes de investigación y las cosas que subí fueron, en su mayoría, textos que iba produciendo o cosas que veía y me interesaban. Creo que terminó tomando un tenor más teórico, lo terminé usando más para eso.

L: Me acordé de tu proyecto de las callecitas...

G: Claro, el de los mapas. Ese surgió mientras estaba enredada entre libros, estudiando. Me hice una pregunta que quizás me podía solucionar varios problemas: ¿cuál es la ruta correcta para llegar a Foucault? ¿o qué caminos conducen a Latour, por ejemplo? Me puse a buscar en Google Maps a los autores que estaba leyendo y me encontraba con calles que llevan su nombre y hacía fotos de pantalla. Me acuerdo que, cuando busqué a Bourriaud, lo etiqueté en la imagen y me escribió un mail con algo así como un agradecimiento por la imagen. Me dio risa esa circularidad. Y pasaron cosas muy lindas. Al subirlas al Facebook, mucha gente leía otras cosas y se armaban diálogos entre personas que opinaban y se reían de esas cuestiones. Por ejemplo, hay una calle que se llama “Nietzsche” y es circular, una vía cerrada sobre sí misma, y hubo quien habló allí sobre el eterno retorno y demás. Pasaban cosas divertidas.

L: Bueno, no sé si hay algo más que vos recuerdes y que tengas ganas de comentar.

G: Ahora pasó una cosa muy linda en el Facebook que creció de una forma impresionante. Yo tuve que hacerme a un costado porque no tenía tiempo de participar, pero seguí el proceso de cerca porque estuvo muy interesante. A partir de un comentario de Ana María, una de los nómadas, que proponía que transcribiéramos la quinta oración de la página cincuenta y dos del libro que tuviéramos más a la mano. Yo lo hice y a la vez le propuse: “qué lindo sería escribir un libro con las quintas frases de las páginas cincuenta y dos de los libros de todos”. A ella le gustó la idea, tomó la batuta e hizo un grupo ahí en Facebook con todos los participantes, unas cincuenta personas. Entonces,

armamos un texto hilando las frases de todos y, usando ese texto como base, se hicieron muchos ejercicios literarios. La cosa duró tres o cuatro meses y, ahora, tienen ganas de hacer el libro con todo el material. Fue muy lindo, el grupo era muy heterogéneo con perfiles muy variados. Había un cocinero, un odontólogo, una filósofa, un abogado, no sé, gente muy variada y de muchas ciudades distintas. Se armó una cosa muy bonita que quieren continuar. El grupo se llama “Página cincuenta y dos”.⁶ Yo me tuve que abrir porque no me daba el seso para escribir ni media cosa en ese momento de mi vida pero me meto a curiosear y alucino porque muchos son conocidos míos y puedo ver cómo esa cosa se empieza a gestar y a mover sola, me alucina. Además, sé que van a imprimir el libro. Hay una chica que estudió bibliotecología y que se ocupó de compilar toda la bibliografía. Están también todos los ejercicios pautados en orden, es decir, está todo el material para un libro.

L: ¿Qué rol te parece que tiene ahí la plataforma y el entorno como disparador de ese proyecto? ¿Crees que podría haber sucedido sin él?

G: No, ni siquiera en la nueva red social Google Plus, que creo que se está quedando corto. No sé, esto de meter todo en la misma bolsa. Por ejemplo, yo tengo en Facebook setecientos contactos, a la mitad quizás no la conozco personalmente pero hay algo que hace que sienta que los conozco. Hay algo que hace que uno quiera estar contactado con esa persona. El hecho de echar todo a una misma bolsa lo convierte en un circuito cerrado pero heterogéneo. Entonces pasan esas cosas, esos diálogos entre personas muy distintas y de diversos lugares e intereses, que no se han visto nunca y que es probable que nunca lo hagan. Me parece que son cosas que ocurren gracias a esa herramienta. Yo creo que proyectos como “Página cincuenta y dos” no se podrían haber dado de otra manera.

L: Sí, más allá de que hay posibilidades...

G: Sí, las hay, lo que pasa que son más laboriosas y eso es ya un condicionante clave.

L: Sí, quizá es ésa la diferencia entre hacerlo y no.

⁶ <http://www.Facebook.com/groups/121885521223685/> Grupo Página 52.1 consultado el 06-01-2012. Se requiere cuenta en Facebook e invitación para acceder.



G: Totalmente, yo creo que en ese sentido, en este momento, se podría dar solamente ahí por cómo se han desarrollado las redes sociales, cómo ha accedido un montón de gente. No sé, mi tía que tienen ochenta y seis años tiene su Facebook y lo usa. No tanto quizás como lo uso yo, o alguien menor, pero lo usa y te comenta cosas y va aprendiendo y entendiendo la lógica. Esas cosas se dan hoy ahí.

L: Gracias, Guada.